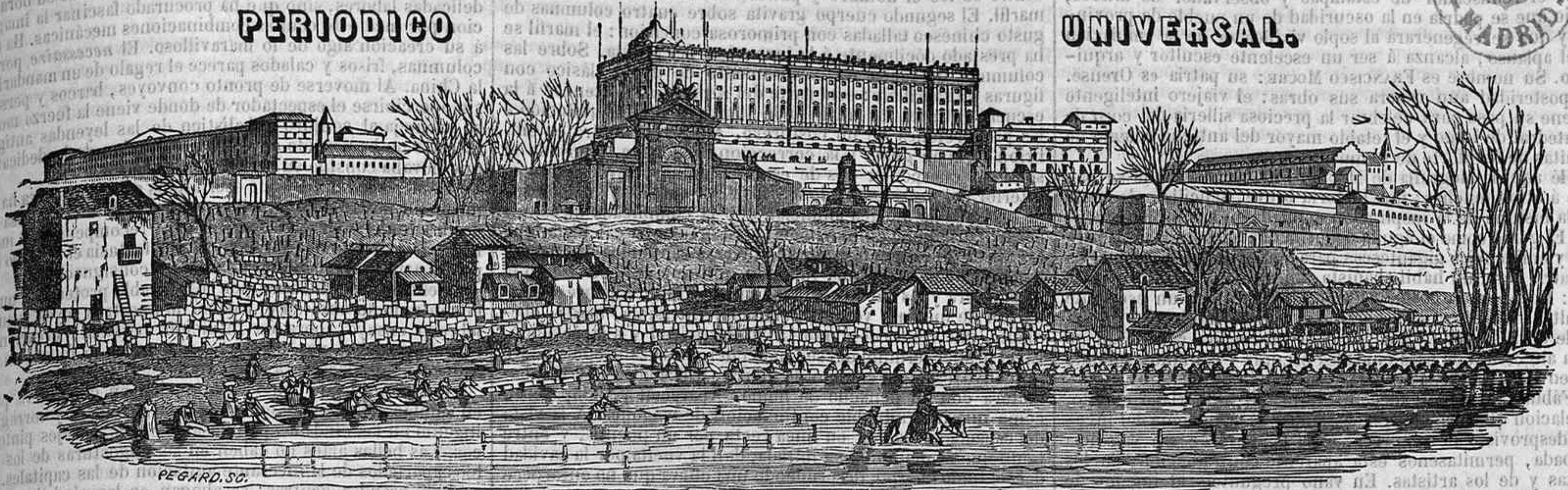


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



PEGARD, SC.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 8 rs.

NUM. 219.—SÁBADO 7 DE MAYO DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## BELLAS ARTES. (1)

EL NECESSAIRE DE COSTURA DE D. RAMON IGLESIAS,

### REGALO A S. M.

Si hemos de dar crédito á la dudosa autoridad de una tradición popular, durante algunas mañanas del invierno de 1853 un joven de raída monterá y empolvados boreguéis asomaba su cabeza por los cristales de un taller de ebanistería, situado en la calle Mayor de la coronada villa. A juzgar por su traje raído y descompuesto, el transeunte, ese observador vulgar y caviloso, creería que espera el brasero de la cola para calentar sus manos entumecidas. Sus cejas arqueadas con vigorosa entonación sobre las inquietas pupilas, y su abultada frente, sobrepajando al resto de la fisonomía, como si el alma procurase registrar desde la altura del pensamiento los misterios del corazón, revelan un intenso dolor ó una profunda afición á las bellas formas, creadas por el pincel ó el escoplo. Este joven desconocido en Madrid, reputación indecisa en provincia, oficial de ebanistería en Orense, y cuyo nombre se acaba de estampar en cartas particulares, entre las relaciones de bodas bien aderezadas y profesiones religiosas, ha llegado á la corte por ese impulso que se ignora de

El avinagrado maestro, armado con el pié salmónico de una cama de boda, despide á un aprendiz mas dado á la rayuela que á la sierra y ofrece su vacante al desconocido de la vidriera, que admite esta colocación y se lanza dentro del taller como si sus ojos abarcasen de una mirada un tesoro mal escondido. Los oficiales le reciben con epigramáticas familiaridades. El desconocido registra con avidez los relieves y molduras que decoran las mohosas paredes del taller. Se detiene enfrente de las cariátides, observa las pampanosas vides de los antepasados; ya se encara con un sol de nariz arremangada y rayos de grueso canto como las agujas de una rueda dentada, ya reconoce sobre su cabeza una arboya de nubes que esperan á cualquiera efigie del Padre Eterno ó de la Ascension, colocadas en desordenado laberinto como vellones de lana. Este taller ofrece todas las figuras retóricas del escoplo, todos los accesorios del arte disipado, desde las alegorías de la mitología hasta las advocaciones del cristianismo: alas de serafines, manojos de flores, canastillos de frutas, prolijos racimos de uvas, nubes hidrópicas, cabezas de faunos, monstruos marinos, cabezas de ángeles y constelaciones personificadas; los desperdicios del genio aprovechados por la avaricia del plagio. La fisonomía del desconocido preocupa la atención de sus compañeros. No pueden abordar los misterios de su silencio. Algo de extraordinario se entreve en su mirada

investigadora. Lleva consigo esa enfermedad moral del genio, de la cual se aparta el vulgo como de un contagio: la fiebre de la impaciencia; la instigadora tentación de materializar las creaciones que han cruzado como relámpagos por su exaltada fantasía. En su cabeza caben retablos incompletos, pórticos á medio hacer, copias de cuadros que solo ha visto una vez, y efigies sin advocación por falta de tiempo para colocar en sus manos el báculo abacial ó la palma mortificadora.

En las horas de descanso se aísla en un rincón del taller y se hace guardian de sus muebles y esculturas, fija y atenta la mirada en un mazo de boj donde dibuja y talla figuras de alto relieve con un escoplo que ha recojido del suelo. Cada cabeza perfilada, cada brazo desnudo, cada pliegue extendido que descubre en la superficie rebajada del mazo, exalta su imaginación, apartando su obra de junto á sí, en uno de esos cariñosos y momentáneos repudios del artista, en los cuales no se avergüenza la vanidad de importunos testigos. Rasgos vigorosos y escorzos atrevidos anticipan la conclusión del cuadro: es el borrador de un altar.

Mas tarde, los oficiales sorprenden al aprendiz que no acierta á esconder su obra entre las piezas pulimentadas que interrumpen el paso. Un pequeño escoplo que aun calienta las manos despues de abrir la madera en multiplicadas sajaduras, ha sido el único auxiliar del artista que acaba de esculpir en el mazo de boj una copia de *La cena del Salvador* de Leonardo de Vinci. Apenas asoma por la puerta la encanecida cabeza del maestro, se dirigen hácia él los oficiales y le enseñan la escultura improvisada del desconocido. La sorpresa y la incredulidad se apoderan del ánimo del maestro, abriéndose calle por entre sus oficiales para ver de cerca al aprendiz. En nada se cree menos que en el talento que germina á nuestro lado. La primera gloria del genio es ser negado; la segunda es ser muy visto y espionado como los cuadros del cosmorama y las monas de los saltimbanquis. El maestro, artista de rutina, copista perezoso, gloton de la gloria ajena, enfermizo en la fantasía, parálitico en el pulso, mas ebanista que escultor, mas geométrico que imaginativo, no puede comprender de una vez que el joven que acaba de recibir como aprendiz, punto intermedio entre el brasero de la cola y la ensambladura de una cómoda, haya sido capaz de esculpir de prisa y corriendo *La cena del Salvador* en un mazo.

En esta época los palacios rebusan diariamente aventuras romancescas y anécdotas populares; son abejas cortesanías que vuelven de las calles de Madrid cargadas sus patas de chismografía para la colmena real. La improvisación artística del aprendiz llega al palacio del Buen Retiro, como la vena poética del Calderero de Puerta Cerrada y el epigrama borrado de los claustros del Escorial, obra de dos ingenios de la corte, de Quevedo y Montalvan, á semejanza de las comedias de capa y espada. El aprendiz de ebanistería es presentado en la cámara real de Felipe IV, de donde sale para los talleres de palacio. La tradición no vacila



Vista de la entrada al pabellón ó departamento de máquinas en la esposicion industrial de Leipzig.

(1) Véase un dibujo de este precioso nécessaire, en la página 333 de LA ILUSTRACION.





**NUEVO CEMENTERIO DE SAN ISIDRO DEL CAMPO,**

**AMPLIACION DEL ACTUAL CAMPO SANTO**

**DE LA REAL ARCHICOFRA DIA SACRAMENTAL**

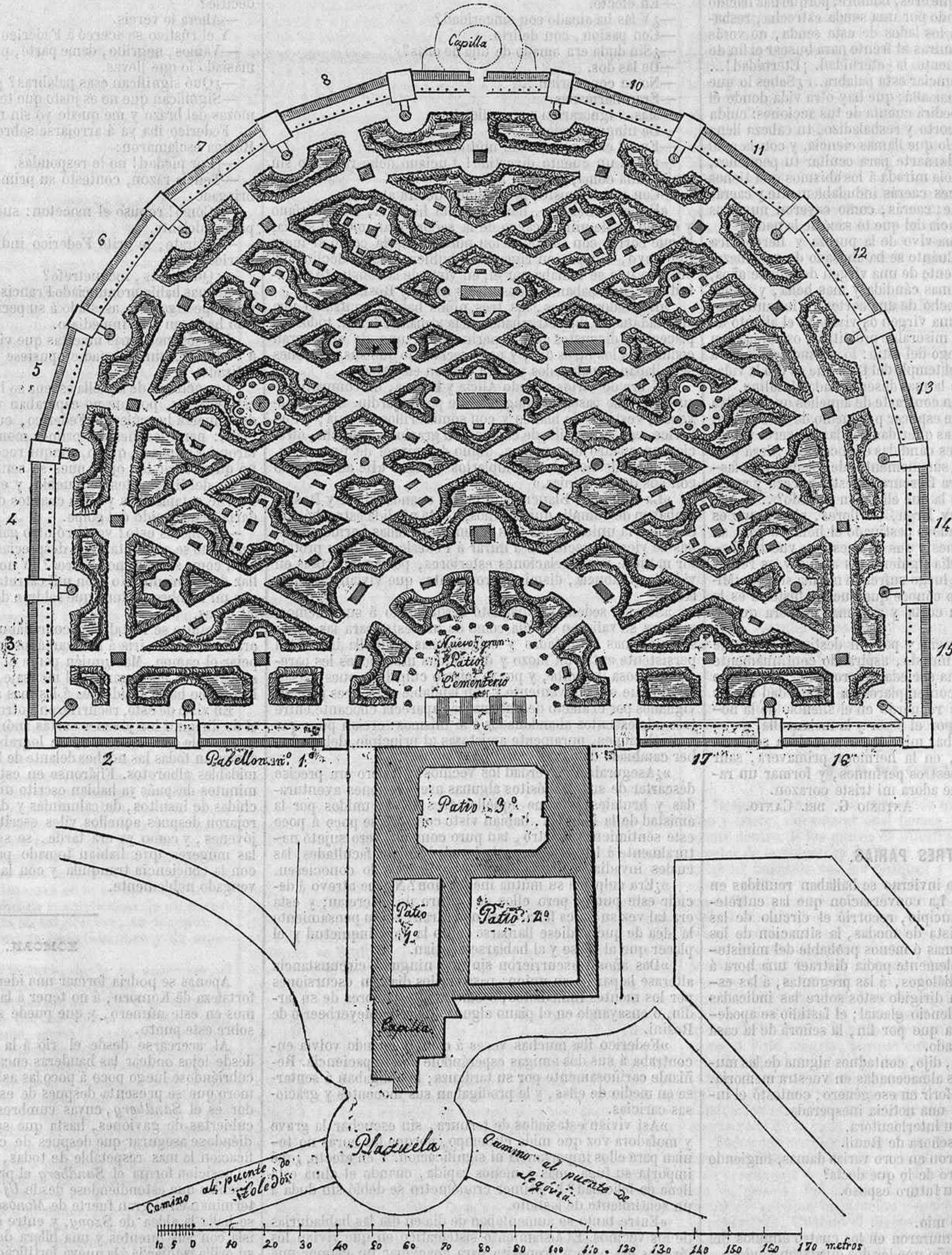
**de S. Pedro, S. Andrés y S. Isidro de Madrid.**

A corta distancia de esta corte, en direccion S. O., á la márgen derecha del rio Manzanares y á la altura de trescientos piés, medidos sobre el nivel de las aguas bajas del

culto á sus Santos Patronos, auxilios á sus hermanos necesitados, sufragios y honras á los difuntos, construyó á sus espensas en el año de 1811 y á continuacion de la ermita un patio con galerías de nichos para enterramiento de sus hermanos, que por ser el primer cementerio particular que se construía con decoro y sencillez religiosa, llamó sobremanera la atencion pública. Aumentado con este motivo considerablemente el número de individuos de tan religiosa corporacion, que cuenta en su seno á las personas mas distinguidas de la capital, y á cuyo frente se halla el Excmo. señor duque de Abrantes y de Linares en representacion de SS. MM. la

reclamaba, era muy difícil la adquisicion de los terrenos necesarios para el desarrollo de la obra, y poco menos que imposible la combinacion de un proyecto digno del objeto, por los grandísimos desniveles del terreno donde se edificó, y la precision de enlazar los nuevos trabajos con los antiguos y tinuo y conveniente.

Por fortuna, de estas mismas dificultades, de lo montuoso del terreno, de las construcciones primitivas, se ha sacado partido en beneficio notable de la novedad y belleza de la obra. Así es, que en vez de empeñarse en destruir el aspec-



Plano de ampliacion del cementerio de S. Isidro.

puente de Toledo, se eleva el venerado santuario de San Isidro del Campo y de Santa María de la Cabeza, fundado en 1528 por la emperatriz Doña Isabel, esposa de Carlos V. Esta ermita, erigida segun tradicion en el mismo paraje donde abrió el santo una fuente milagrosa, es visitada constantemente todo el año por el pueblo de Madrid, y ha sido objeto desde su origen de una particular devocion de nuestros monarcas.

La antiquísima Ilustre y Real Archicofradía Sacramental de San Pedro, San Andrés y San Isidro, á la que corresponde la ermita, edificio y jardin adyacentes, y que siempre se ha distinguido por el esmerado celo religioso con que da

reina y el rey (Q. D. G.) hermanos mayores de la Sacramental, y no siendo ya bastantes para su objeto el segundo y el tercer patio que sucesivamente se han construido, aunque de mayores dimensiones que el primero, ha concebido el grandioso proyecto que hoy está realizando de construir un colosal patio enterramiento de grandísima estension, cuya magnificencia le hará ser en su dia un edificio digno de la corte de España, y tal vez mejor que muchos de los mas notables cementerios de Europa.

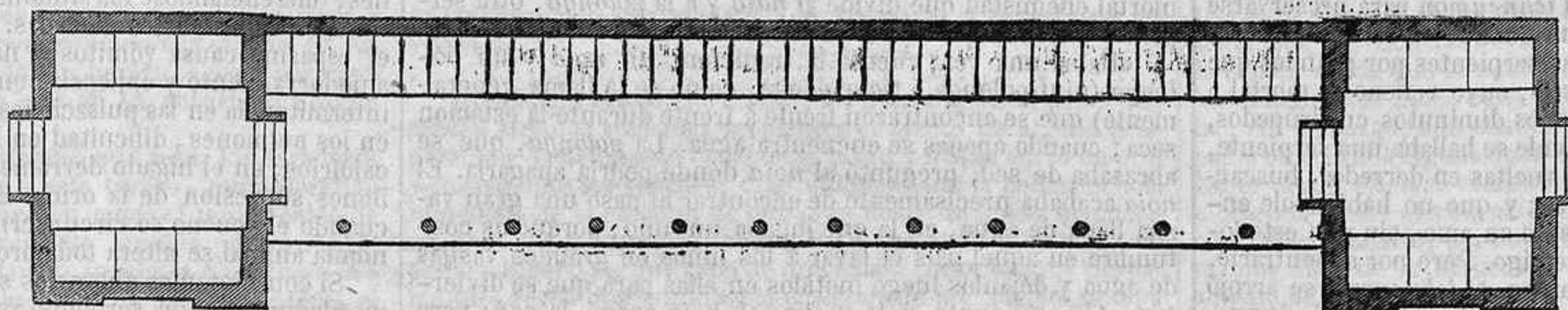
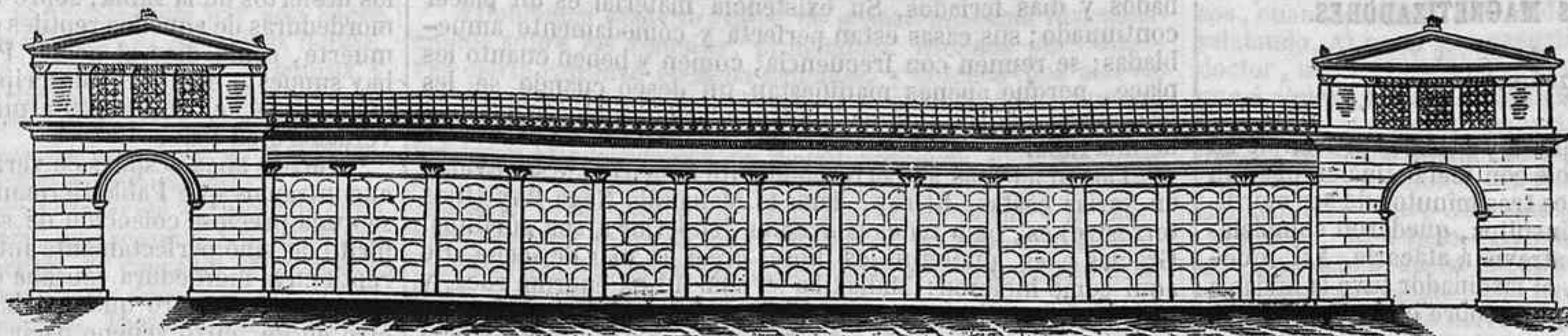
Grandes dificultades ha habido que vencer para realizar este pensamiento; pues además de los crecidos fondos que

to propio de la colina donde estan situados el Santuario y Campo santo, haciendo desmontes sin tino para transformar los terrenos en monótonos planos horizontales, el arquitecto director de la obra ha combinado su plan interpretando los ilustrados deseos de la Sacramental, y ha utilizado la misma disposicion general del sitio, haciendo el Cementerio en forma de anfiteatro. De este modo, aunque el movimiento de tierras ha sido considerable, tal vez como no se ha hecho otro alguno en Madrid tratándose de un edificio para el que se han desmontado mas de cien mil varas cúbicas, y otras tantas próximamente se han hecho de terraplen, la obra present-

tará un conjunto bellissimo, pues aparecerá despues aparentemente por una ilusion óptica todo mucho mas grande que lo que es real y efectivamente, descubriéndose una estension inmensa de terreno.

Quien visite el nuevo Campo Santo, gozará siempre sensaciones nuevas por la variedad infinita de los puntos de vista, y al alma dolorida que llora junto á la tumba del esposo, del hermano, del hijo, prestará religiosos consuelos la cruz, emblema de la redencion enseñoreándose todo, y descubriéndose desde todas partes sobre la cúpula del santuario.

Este partido nuevo y pintoresco que se ha sabido sacar de la localidad, se ve realizado con las buenas proporciones del edificio. El artista se ha inspirado para formular su obra en los primitivos templos cristianos. Ha elegido al propósito la arquitectura latina (denominacion con que se distingue el arte de aquella época) que presenta grandiosidad y sencillez en sus formas, riqueza en sus detalles, envuelto todo en ese tinte de dulce melancolía difícil de explicar, pero que sentimos involuntariamente al pisar el pavimento de las antiguas basílicas de Roma. Esta arquitectura, nacida bajo el hermoso cielo de Italia y en una época del mayor fervor religioso, ha sido clasificada por mas de un sabio como la arquitectura eminentemente cristiana, y la mas propia para un cementerio católico, de donde debe alejarse toda forma pagánica. Nuestro siglo rechaza la ogival, propia de países tétricos y nebulosos.



Planta y alzado del cementerio de S. Isidro.

galerías de nichos. Estas se hallan intermediadas por diez y ocho pabellones, destinados á panteones de familia, cuya disposicion general, de forma de hipódromo, deja en su centro una área de doce fanegas de terreno para jardines diferentemente combinados en calles á cordel é irregulares. En sus encuentros se formarán multitud de plazuelas de diversas figuras para sepulcros, panteones aislados y otros monumentos; todo rodeado de alamedas y bosquetes de laureles, sauces, llorones, granados dobles, cipreses y otros árboles y arbus-tos propios de tan fúnebres lugares. En el testero, en la parte

—El llamado *movimiento de mesa*, que bajo el nombre de *table moving* ha venido de América á la Inglaterra y Alemania, y que consiste en que un fluido efuente de las manos del hombre pone bajo ciertas condiciones á una mesa en el movimiento mas rápido, sin que tenga lugar el mas mínimo contacto con este objeto, llama en la actualidad mucho la atencion en Alemania.

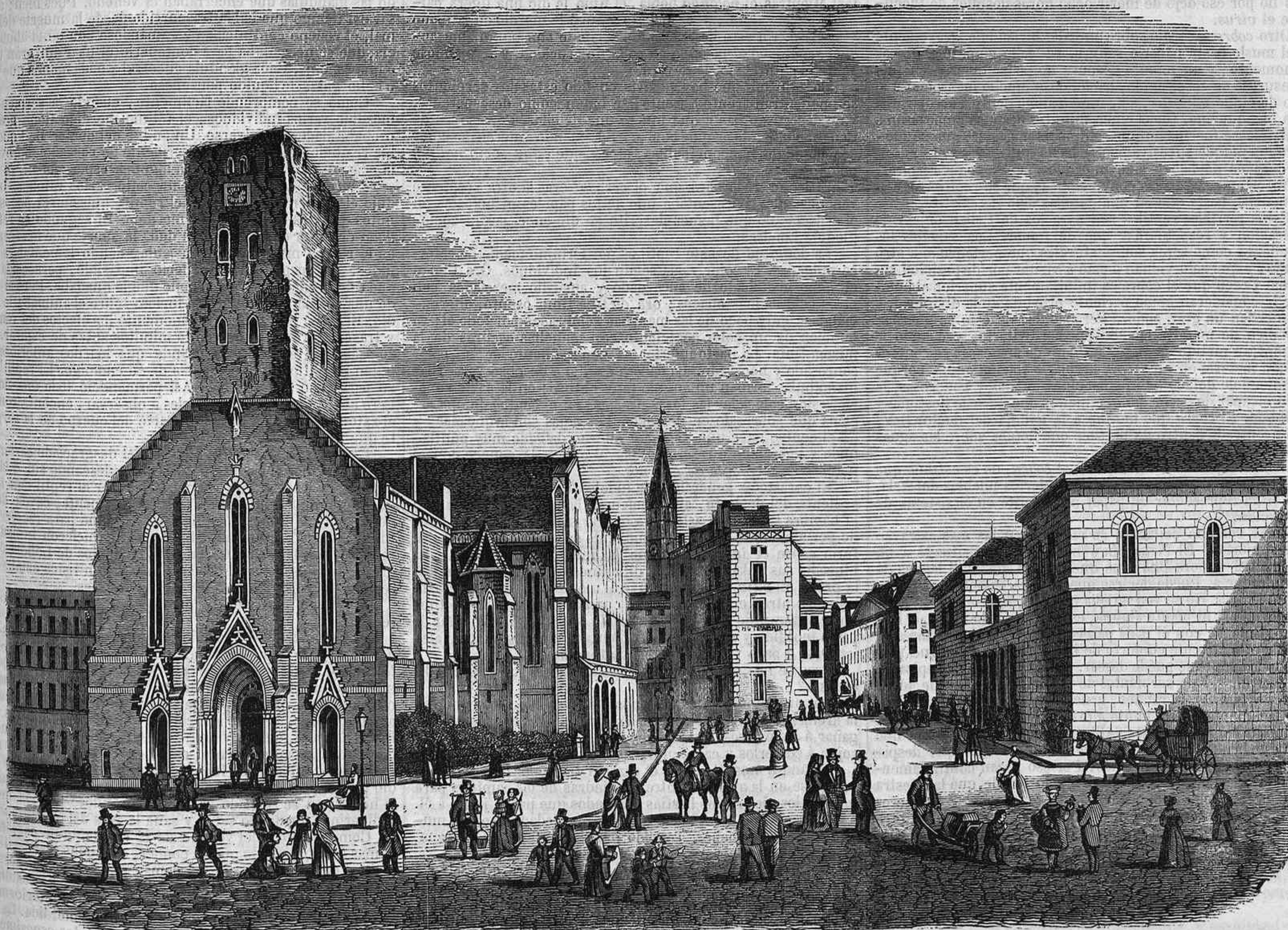
—Mrs. H. B. Stowe, la autora de la cabaña del tío Tomás, y para cuyo recibimiento se habian hecho ya grandiosos preparativos en Glasgow, no ha llegado aun á este punto, pero

Puédese en fin asegurar que nada huelga ni es inútil en este colosal monumento, con que una tan religiosa como ilustrada corporacion perpetúa la memoria de sus hermanos difuntos, conserva dignamente sus restos, y facilita que se les puedan tributar constantemente sufragios por su eterno descanso.

Esta obra, que hará época en la historia artística del país, dará honor á la civilizacion presente, y ofrecerá un ejemplo digno de imitar por las generaciones futuras.

MISCELANEA.

En este momento llama mucho la atencion de los habitantes de Londres un pez artificial, no esperamos que sea un *poisson d'Avril*, pues no es ni mas ni menos que un buque que se mueve en el agua sin ninguna fuerza exterior como vapor, vela, viento ó remos. Este es el primer *perpetuum mobile* verdadero.



Iglesia de S. Pedro en Hamburgo.

Para dar una idea de la traza de la obra, encabezamos este artículo con la planta general del Campo Santo. En ella se distingue la ermita y los tres patios del cementario actual, contrastando en su pequeñez con el nuevo patio que se construye.

Dos rampas dan subida á los carruajes por derecha é izquierda del edificio antiguo, y una escalera regia en su centro enlaza todo el proyecto con las construcciones existentes. Mas de cien columnas sostienen los pabellones casetonados de sus

superior del patio se ha dispuesto una capilla rotunda cuyos pórticos interiores contienen panteones recibiendo la luz la capilla por una claravoya circular en el centro de su bóveda. Los muros de sostenimiento son tambien notables, pues á su gran elevacion reúnen la novedad de haberse practicado en ellos grandes hornacinas para sepulcros. Semejante medida ha dado una doble utilidad á estas construcciones disminuyendo los espesores de estos muros, sin perjudicar la solidez por la forma circular adoptada para las hornacinas.

si la noticia de que habia caido muy enferma. Se dice que ha hecho esfuerzos demasiado grandes en la obra nueva que con el título de *Llave para la Cabaña del tío Tomás* ha publicado. La edicion inglesa de esta obra, un bonito tomo en 8.º de mas de 500 páginas, fué compuesta é impresa en menos de cuatro dias, una rapidez que merece ser anotada en las curiosidades de la literatura.

ario y formar aitecto do los misma en forto de no otro que se s tan-resen-



El doctor Mead refiere otro experimento por el estilo. «Habíamos resuelto, dice, de acabar nuestras investigaciones sobre los venenos, probándole. Hicimos pues disolver cierta cantidad en agua caliente, y muchos nos atrevimos á aplicar en ella la punta de la lengua. Todos encontramos que tenia un gusto amargo y ardiente, como si nos la hubieran atravesado con un hierro ardiendo. Esta sensación duró dos ó tres horas. Uno de mis compañeros, no contento con esto, quiso probar una gota de veneno puro, y lo único que le resultó fué que se le hincharon los labios, y así permaneció dos dias seguidos; pero curó inmediatamente y no tuvo resultado alguno.»

Es preciso, no obstante, que los que tales experimentos intenten se aseguren de antemano que la piel y película de los labios y del paladar está perfectamente intacta, y sin grieta alguna, porque de lo contrario podria serles fatal la tentativa; pero si estan completamente sanos, la ineficacia del veneno en el estómago no debe en manera alguna sorprendernos, si se recuerda que el *wurali*, que es un veneno tan sutil y eficaz, se propina como medicamento tónico en los países que lo producen; y que la leche, tan nutritiva como alimento, se transforma en una sustancia mortal si se la inyecta en las venas.»

Hasta aquí el artículo traducido. Ahora bien: el poder que tienen algunos sobre las serpientes es efecto de alguna preparación ó cocimiento con que se lavan y frotan antes de presentarse ante los reptiles, ó es simplemente la consecuencia inmediata de la emisión de una gran dosis de fluido magnético. Para mí no queda la menor duda que es lo segundo; en primer lugar, porque caso de que exista como es muy probable una yerba que entontezca ó aletargue por cierto tiempo á las serpientes, no es creíble que conservaran esa propiedad mucho tiempo después de cortada; y es sabido que los fascinadores ó magnetizadores de serpientes emplean todo el tiempo que se quiere en sus juegos; y en segundo, porque dado caso de que dicha yerba tuviera la propiedad de amansar el furor de las serpientes, seria naturalmente adormeciéndolas y dejándolas absolutamente inertes, y no conservando como conservan el pleno uso de todas sus facultades excepto la de dañar.

Queda pues únicamente para explicar este aparente fenómeno el magnetismo; y esta es en verdad la causa mas plausible y razonable que puede darse. Obsérvese si no á cualquiera de estos juglares ó fascinadores como yo les he observado con gran cuidado, y se verá que todo el poder y el encanto residen en su mirada; que su vista se fija en la vista de la serpiente, y sus ojos brillan con un fulgor desusado; que al menor movimiento traidor que notan en los reptiles, parece como que agrandan sus ojos para enviarles mayor cantidad de fluido dominante; y por último, que lo mismo que en los magnetizadores comunes, al cabo de cierto tiempo de ejercicio se apresuran á encerrar al reptil en su jaula mientras ellos descansan y toman nuevas fuerzas.

El magnetismo es todavía para algunos un puro charlatanismo: pero cuando se observan detenidamente sus efectos, cuando se repiten sus portentos, al parecer una ó mas veces, y se ve que en el magnetizador nada hay oculto, y que todos sus actos pueden examinarse á la luz de la razon, no queda duda, á menos de una obstinacion rebelde empeñada en negar la claridad del sol, de que esa ciencia, como todas las demás, está sujeta y dirigida por la humana inteligencia, que puede darla mas ó menos estension segun es mayor ó menor la fuerza de comprehension del que la ejerce. ¿Es posible acaso dudar de que en la vida comun y ordinaria hay ciertos seres dotados de mayores grados de inteligencia que dominan con sus palabras á otros á quienes el cielo ha negado este sublimo don, y disponen de ellos á su arbitrio? Pues si esto observamos que acontece en las facultades morales, ¿por qué no ha de suceder otro tanto en la existencia física? Si la palabra expresada con calor y hasta con elegancia lleva la turbación y domina las imaginaciones menos desarrolladas, las conmueve y subyuga hasta un extremo increíble, ¿por qué habremos de negar sin criterio y solo porque no sabemos ni comprendemos la causa, que hay seres bastante privilegiados que dotados de una fuerza moral increíble al parecer, pueden dominar con sola su voluntad á otros mas débilmente organizados? Ciertamente es, y esta es una verdad innegable, que para que haya verdadero magnetismo ó adormecimiento fisico visible, es condicion precisa que el magnetizador pueda disponer de mayor cantidad de fluido magnético que el magnetizado; porque de lo contrario sucede que siendo las fuerzas iguales, se rechazan y repelen como sucede con los polos iguales de una aguja magnética. Así es, que se observa con frecuencia, y yo lo he visto, que todos los esfuerzos de los grandes magnetizadores se han estrellado, no contra la fuerza de inercia del que se intentaba magnetizar, sino contra la fuerza de su propia voluntad de no ceder á la del magnetizador.

He oído decir, no una sino varias veces, al doctor Ricard, que á través de muchas exageraciones ha elevado esta práctica á una estension desconocida hasta el día, que por medio del magnetismo se podia descubrir, sin temor de equivocarse, el mayor ó menor grado de fuerza de voluntad que poseian los hombres, notándose con asombro que muchos individuos robustos y corpulentos, que segun todos los signos exteriores estaban destinados á supeditar á otros mas débilmente constituidos, ceder al poder interior de estos últimos, y aparecer siempre á su presencia sumisos y temerosos. Creo no obstante que en esto hay cierto grado de exageracion; así como lo hay mucho, y yo absolutamente no creo en el magnetismo profético y espiritual que el mismo autor trata de probar, aun cuando sin razones convincentes á mi ver. Además, esta última elucubración del autor ha sido severamente anatematizada y condenada por la iglesia, y yo á fuer de católico ni debo ni quiero creer. Bástame solo indicarla para hacer ver al lector hasta dónde puede llegar la aberración humana cuando se quiere atribuir al hombre mas poder del que el cielo le ha concedido.

Para solaz de mis lectores, ya que no para convencimiento de dudosos, referiré aquí un caso, entre otros que he presenciado en las sesiones públicas de magnetismo práctico que daba el célebre doctor en su enseñanza pública de Paris. Juntos íbamos por aquella gran ciudad cuatro españoles,

todos cuatro ó enteramente negativos ó algo mas que dudosos, cuando menos, acerca de la ciencia cuyos efectos vengo relatando. Al pasar por casualidad por delante de la casa del doctor, uno de nosotros propuso el subir á la sesión pública que á aquella hora se celebraba. Aceptada la proposición, y llevados de la natural curiosidad de presenciar y cerciorarnos por nosotros mismos de aquellas maravillas que tanto nos ponderaban, tomamos nuestros billetes de entrada, y nos acomodamos entre los muchos espectadores de la sesión magnética. El sujeto magnetizado, que solo con el doctor magnetizante ocupaba el centro del salon, era un joven bastante bella por cierto, que tenia cubierta la parte superior de la cara, esto es, de nariz arriba, con una faja compuesta de tres pañuelos de seda oscuros, una tira de hule oscuro, y otra de lienzo fuerte encima, cuya venda, y aun cuando hubiera sido mas sencilla, no podia absolutamente permitir que viera ninguno de los objetos exteriores.

A nuestra llegada se hallaba el *sujeto* jugando al *carte* con uno de los espectadores, con la notable particularidad, segun observamos, de ir adivinando una por una las cartas de su contrario, lo cual, como presumirá el lector, le daba gran ventaja para ganar el juego, aun cuando la magnetizada tambien tenia que adivinar las suyas, porque como ya hemos dicho, la tupida venda que la cubria los ojos, la impedia el ver materialmente sus cinco cartas que tenia en la mano. Esta prueba, sin embargo, aun cuando sorprendente en la apariencia, podia ofrecernos alguna duda de si en aquel experimento podia haber algun *oficioso compadre*. Ante todo deseabamos cerciorarnos de los efectos magnéticos en algo que nos perteneciera directamente, por cuanto mis tres compañeros y yo teniamos algo de la naturaleza de santo Tomás, en cuanto á aquello de *ver y creer*.

No tardó en presentarse la ocasion propicia. Concluido el juego, el doctor Ricard preguntó si alguno de los presentes queria asegurarse por sí mismo de la verdad y exactitud del magnetismo, y al momento uno de mis compañeros, el mas formal y tambien el mas reacio en creer lo que de esta ciencia se decia, se presentó al doctor diciendo que queria hacer varias preguntas al *sujeto*. Puesto en comunicacion con él por medio de una sencillísima varita de hierro cojida por un cabo con la mano de la magnetizada, y por la otra por la de nuestro amigo, empezó el siguiente dialogo:

—¿Me ha visto V. alguna vez?

—No señor, contestó el sujeto.

(Concluirá.)

LA CAPILLA ESPIATORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO G. DEL CANTO,

oficial de infantería.

(Conclusión.)

Pero aun podeis manejar con destreza vuestra espada; y si no sois tan cobarde como villano, yo, el marqués de la Lealtad, que no sufriria del mismo César las horribles injurias que vuestra lengua me ha prodigado, necesito para lavarlas toda vuestra sangre, y es preciso que corra antes de veinticuatro horas.

El duque, á pesar de lo crítico y apurado de escena tan imprevista, echó una rápida ojeada á su situacion. Creyó sin ni un género de duda que aquel joven era hijo del emperador, cuando tan pronto habia alcanzado un título. Conoció que un duelo con tan terrible adversario no podia menos de comprometer su existencia; y aunque el miedo no tuviese cabida en su corazon de hierro, rechazó la idea de que llegasen á cruzarse sus espadas, tanto porque si moria en el lance como era casi probable, no podria conseguir ser dueño de Blanca que era su mas ardiente deseo, cuanto porque si por casualidad lo mataba y era hijo del monarca, perderia indudablemente su favor y caeria su cabeza en un cadalso. Estas reflexiones cruzaron con la rapidez del relámpago por la imaginacion del duque, y se decidió por último á recurrir á la astucia y burlar su candidez.

—Vamos, le dijo, ahora conozco que sois un valiente y que honraris el título con que os ha favorecido el emperador.

Y dulcificando cuanto le fué posible su voz, continuó:

—Pero á la verdad, no creia que fuérais tan ingrato que quisierais hacer uso de él solo con el objeto de cruzar vuestra espada con la mia. ¿No conoceis, joven, que es imposible un duelo entre los dos?... ¿Es posible que tuvierais valor de derramar la sangre del que cuidó de vuestra educacion y os enseñó las leyes de la caballería? ¿Llegaría vuestra ingratitud al extremo de olvidar las caricias que os prodigué en vuestra niñez? Y si estas reflexiones no son suficientes para desarmar vuestra cólera y para que no creais que me inspiran temor vuestros arrebatos, sabed que mi espada está pronta á daros cumplida satisfaccion... Pero... yo desvario... dijo el pálido mudado de tono. Si acaso os matare en un duelo, ¿cómo responderia al emperador del huérfano que me entregó cuando me preguntase por él?... Es imposible, repito, un duelo entre los dos. Perdonadme, como yo os perdono, los ultrajes que os he dirigido en un arrebato de cólera, y en prueba de que no os he guardais rencor alargadme vuestra mano.

El huérfano, al ver la conmocion del duque y sus tiernas y patéticas frases, sintió desaparecer por grados su cólera y sus celos, y germinar de nuevo en su alma grande los generosos sentimientos con que le habia dotado la naturaleza. Así es que no pudiendo dominar los nobles impulsos de su corazon, se arrojó en sus brazos sollozando de alegria, y le pidió perdón por su funesta precipitacion.

El duque, para fascinarle completamente, le manifestó que hacia tiempo que se ocupaba de indagar quiénes eran los autores de sus dias, y que sus primeros pasos no habian sido del todo infructuosos.

Por último le dijo que después de la escena que acababa de tener lugar entre los dos, convenia á su tranquilidad que no viviesen bajo un mismo techo, y con el objeto de disipar enteramente sus recelos, le empeñó su palabra de duque de no obligar á Sandoval á que le diese la mano de Blanca hasta la próxima llegada del emperador, á cuya soberana voluntad remitia la decision de aquel asunto.

2009 Ministerio de Cultura

Los dos rivales volvieron á estrecharse nuevamente las manos y se separaron cual si fuesen los mejores amigos. Tal arte se habia dado el duque para disfrazar sus diabólicos proyectos!

Seria imposible pintarlos la angustiosa situacion del buen Hernan durante la escena que os acabo de referir. Inmóvil, con los ojos fijos en la cerradura de la puerta, esperaba con ansiedad insoportable el desenlace del drama que se representaba á su vista.

Mil veces estuvo por lanzarse en medio de los dos rivales y decirles: «Carlos, abrazad y no provoquéis á vuestro padre.» «Señor duque, el huérfano á quien insultais tan cruelmente es vuestro abandonado hijo.»

Mas el temor y el respeto que le inspiraba la decidida voluntad del emperador, le contuvo con harto dolor de su corazon, aunque no me atrevo á aseguraros que se hubiese mantenido impávido si se hubieran llegado á cruzar sus espadas.

En fin, cuando vió el feliz resultado de aquel acontecimiento que amenazaba ser tan sangriento, fué su alegría tan grande como mortal habia sido su ansiedad.

Y aun creyó notar una ligera contraccion de odio en el arrugado rostro del duque al dar la mano á Carlos, y asomar á sus labios una sonrisa de desprecio, fué tan fugaz la impresion que le causó, y estaba amalgamada con tanta infinidad de emociones como habia sentido durante la cólera del marqués, que apenas vió el apeteido fin de sus ansias, desaparecieron enteramente sus recelos, sin dejar mas que una imperceptible huella en su imaginacion.

Cuando Carlos regresó á su habitacion con objeto de hacer los preparativos para trasladarse á otra morada, halló á Hernan ocupado en arreglar los objetos mas indispensables para tan repentina mudanza.

Era tal la alegría del huérfano, que no conoció en el contento que rebotaba en los ojos de su criado que estaba enterado de la grave cuestion que se habia agitado entre él y su protector; por lo que en un arrebato de cariño y de júbilo se precipitó en sus brazos y le comunicó su entrevista con el duque y la futura felicidad que le esperaba.

Hernan miraba fijamente al marqués sin poder decirle ni una sola palabra, pues no podian salir de un generoso pecho que casi se ahogaba con el exceso del placer.

Conviniéron en los medios de instalarse en una nueva casa, y en aquella misma tarde el marqués de la Lealtad ofreció á sus amigos su vivienda, que se hallaba situada en una de las principales calles de Madrid.

En este mismo dia se notaba desde muy temprano mucho movimiento entre los sirvientes del ilustre y orgulloso conde de Sandoval, amueblando lujosamente varios salones y habitaciones que no se habian ocupado hacia ya bastante tiempo.

La desgraciada Blanca esperaba con ansiedad el momento en que se presentase el duque de San Roman, de cuya generosidad creia alcanzar el favor que la negaba su inflexible padre.

Pero pareciéndole pocos todos los medios imaginables para vencer la obstinacion del conde, quiso ganar tambien el favor de su madre.

Dirigióse pues á su habitacion, en la cual no habia entrado hacia mucho tiempo, pues no se habia atrevido á comunicarle sus amores, aunque esta sabia cuánto padecia por medio de su hermana Ernestina.

La virtuosa condesa vivia enteramente retirada del mundo.

Acosada de algunos padecimientos físicos á consecuencia de su primero y único parto, pasaba la mayor parte del tiempo en su cámara ó en su oratorio.

Amaba apasionadamente á Blanca, sabia sus amores, y padecia y lloraba en secreto la tiranía de su esposo; pero no se atrevia á oponerse á su voluntad, pues estaba firmemente persuadida que no serian de ningun valor ni las súplicas ni las lágrimas, una vez que el conde habia empeñado su palabra.

Algunas veces pensó en persuadir á Blanca por medios dulces y cariñosos,



Komorn.

que renunciase á un amor que tantos disgustos iba á ocasionar á toda la familia; pero no habia llevado á efecto sus intenciones, porque habia conocido con aquella finura que mas á una madre cuando se trata de las pasiones de su hija, que ningun paliativo ni menos ninguna violencia podian apagar el terrible volcan que ardia en su pecho.

Estas observaciones, demasiado ciertas en verdad, y las amenazas de esperanzas el amor de su hija, la obligaron á mantenerse en una posicion neutral, estando por este medio á salvo de toda responsabilidad á los ojos de su esposo de la conducta de Blanca.

Pero cuál seria su sorpresa y su dolor cuando la vió entrar en su cámara en una hora extemporánea, desmelenado el cabello, desfigurado y marchito el semblante, surcando sus descoloridas mejillas un millar de perlas que iban á perderse formando un cristalino arroyo en su seno virginal, y pidiéndola con el mayor dolor y desconsuelo apoyo contra la fatal resolucion de su padre.

Conmovida la condesa al ver la desolada afliccion de su hija y la variacion que habia sufrido en poco tiempo su semblante celestial, la abrazó con el mayor cariño, unió con ella sus lágrimas, y la dijo que al momento hablaria á su esposo para conseguir, si no la revocacion de su palabra, al menos que se fijase un nuevo plazo á tan malhadado himeneo.

Efectivamente, á los pocos momentos pidió una entrevista al conde, y salió á recibirle á su antecámara.

Apenas el conde recibió su peticion, se dirigió al sitio donde le esperaba su esposa.

Se sentó cariñosamente á su lado, pues á pesar de las violencias que usaba con ella algunas veces, la amaba con la mayor ternura, tanto por su carácter apacible, cuanto por sus virtudes.

La preguntó con la voz mas dulce que podia salir de su endurecido pecho, el objeto de aquella entrevista solicitada con tanta precipitacion.

La condesa le hizo presente con la mas patética afliccion y derramando abundantes lágrimas, la desesperada situacion de su querida hija. Le pintó con las palabras de que solo una madre es capaz, las desgraciadas consecuencias que podia tener un himeneo llevado á efecto bajo tan funestos auspicios, pues no solo se destrozaba el corazon de su única hija, sino que se despreciaba la voluntad del mas absoluto de los monarcas.

Ultimamente llamó la atencion de su esposo hácia el porvenir de una madre desventurada, que no teniendo mas consuelo en el mundo que aquella hija con que el cielo habia bendecido su union, sin duda para hacerla mas llevadera la vida de dolor que pasaba lejos del bullicio del mundo, la viese marchar resignada á sacrificarse ante las aras de la fortuna de un libertino.

En fin, pintó con rasgos tan vivos su dolor, que conmovidas las fibras del conde, ya parecia inclinado á consolar á su esposa y concederle lo que con tanta sumision y lágrimas le pedia, cuando vino á contener sus generosos impulsos la repentina aparicion de un paje que puso en sus manos un pliego del duque de San Roman.

Abriólo el conde con la precipitacion que era consiguiente á tan inesperado mensaje, y apenas arrojó una rápida mirada sobre las líneas que contenia, oscureció su frente una nube sombría, y agitó todos sus músculos una agitacion nerviosa.

Volviéndose entonces á su esposa, que al ver aquellos síntomas de cólera habia visto desvanecerse las esperanzas que habia concebido, la manifestó que le era imposible concederle lo que pedia, y que si queria evitar una catastrofe, persuadiese á su hija que en aquella misma noche firmase sin la menor oposicion el contrato nupcial, pues no faltaria á su palabra aunque el orbe se desplomase sobre su cabeza.

La condesa volvió á recurrir á las



súplicas y al lloro; pero el tirano esposo y desalmado padre por única contestación la dijo en tono fuerte:

—Señora, esta noche se celebrarán los esponsales de nuestra hija, y espero que no dejareis de asistir, lo mismo que vuestra culpable hermana.

Y sin atender á los gritos dolorosos de la desgraciada madre, la dejó sumida en la mas cruda desesperación.

Blanca, que había oído desde la cámara inmediata aquella conversación que decidió de su futura felicidad, apenas sintió alejarse al conde, se arrojó medio moribunda en los brazos de su madre.

Sería empresa vana que yo tratase de describiros la patética escena que tuvo lugar entre las dos hermosas afligidas; pero si podré deciros que pasaron largo rato sollozando y estrechándose dulcemente.

El duque de San Roman, apenas se había trasladado á su nueva morada el tan incauto como generoso marqués, fascinado por sus falaces palabras, principió á meditar un nuevo plan para llevar á cabo sus iníquos proyectos.

Pasada una media hora de cálculos y meditaciones, durante la cual el demonio le sugeria mil ideas á cual mas detestables, se decidió por fin á llamarse esposo de la enamorada Blanca antes que concluyese la noche de aquel día que había principiado con tan siniestros auspicios.

Asegurado que el marqués no había sospechado ni remotamente sus iníquas intenciones, y por consiguiente que no vigilaria sus pasos, pues conocía muy á fondo su noble corazón, escribió al conde de Sandoval rogándole suspendiese la reunión de la familia y de los testigos hasta la noche. Le explicaba los poderosos motivos que le obligaban á tomar tan prudente resolución por la inesperada llegada del huérfano, á quien pintaba con los mas negros colores.

Suponia el astuto duque que si acaso el marqués conservaba algun recelo y vigilaba sus pasos, veria que remitía despues de su reconciliación un pliego á Sandoval, el cual creeria desde luego que trataba del aplazamiento de su himeneo hasta la llegada del emperador.

Conseguido su primer objeto, cesaria el marqués de espíarle; y entonces podria dirigirse despues de anochecer á la quinta del conde y apoderarse impune y villanamente del tesoro que tanto anhelaba.

Apenas el carro de Febo se había hundido en los mares de Occidente tendiendo la noche su manto de crespon por las llanuras, y que la campana de la aldea por medio de su funebre sonido llamara á los cristianos á la oración y al labrador á sus hogares, el duque, embozado en una negra capa y armado de espada y daga, salió de su palacio por una puerta falsa, seguido solamente de un criado de confianza, y se dirigió á una de las puertas de la corte, en cuyo sitio le esperaba una litera que había dispuesto se apostase allí con anticipación.

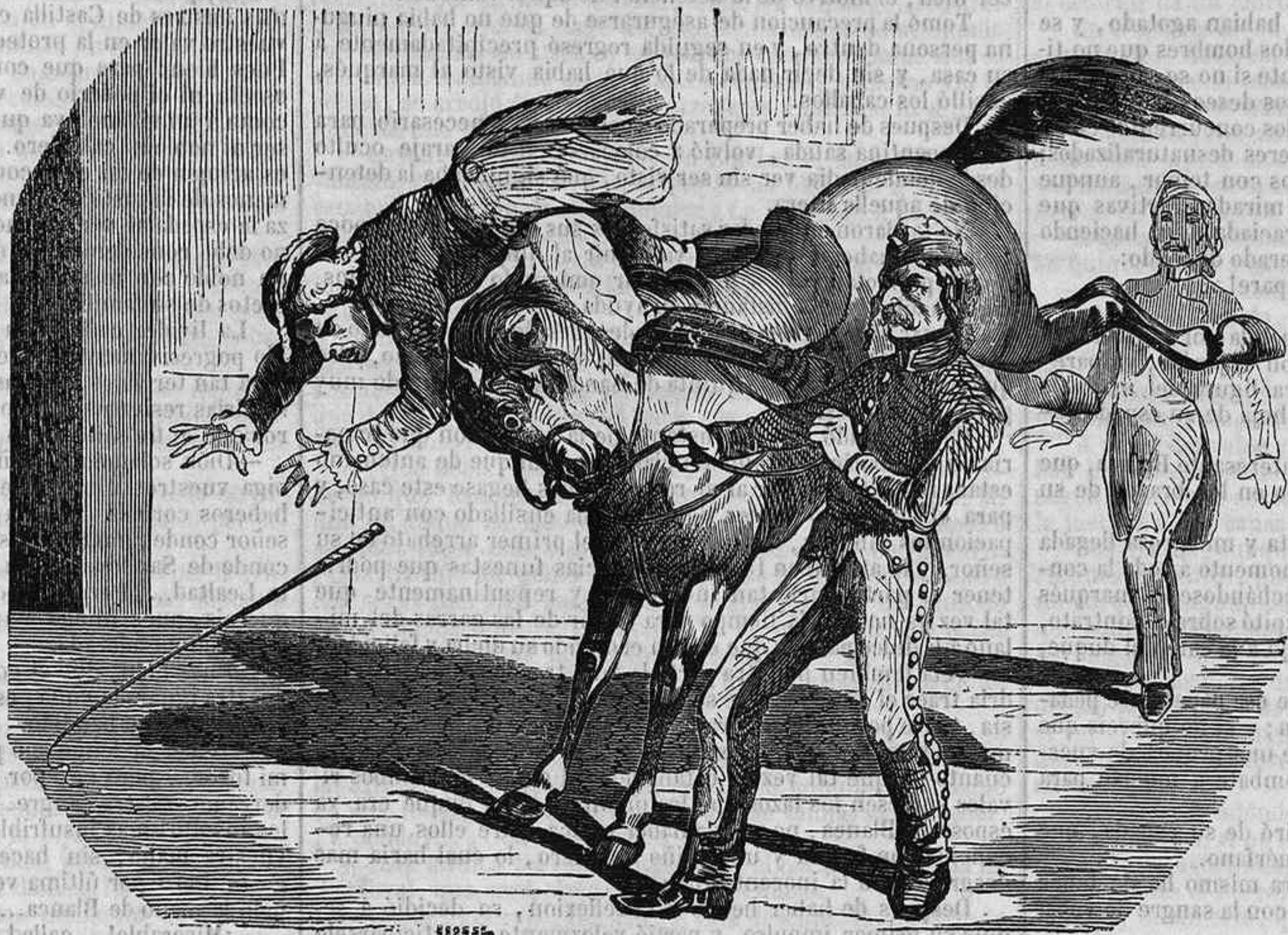
Al llegar al sitio mencionado, dijo dos palabras en voz baja

al conductor, y saltando dentro del carruaje, partió este á galope perdiéndose con la velocidad del rayo entre las sombras de la noche.

CAPITULO IX.

La sorpresa.

Eran las ocho de la noche. El salon que se halla situado en el piso bajo de esta quinta, y que hemos visitado hace algunos momentos, se hallaba adornado con una magnificencia régia. Dos pajes vestidos con lujosa librea principieron á iluminarlo encendiendo elegantísimos candelabros de oro primorosamente cincelados, los cuales estaban colocados en dos mesas de mármol finísimo que se hallaban en el fondo del salon y á derecha é izquierda de la puerta. En el centro había



Las cenas del Directorio.—Sieves arrojado por el caballo.

otra mesa cubierta con un tapete de terciopelo encarnado orlado de oro, y una escribanía del mismo metal. Grandes sillones forrados de damasco carmesí rodeaban el inmenso salon, y tenían en el respaldo incrustada en oro la corona condal. La galería, llamada de los cuadros, estaba adornada por una lámpara de plata de estilo gótico, y todas las puertas tenían vistosas colgaduras.

El viento de Levante se oía silbar á lo lejos, y el ruido de los álamos del parque, causado por el continuo balance de sus copas, hacia creer que la lluvia caía á torrentes.

—¿Querrás decirme, Garcés, preguntó un paje á su compañero, qué significan estos preparativos? Por mi parte puedo asegurarte que estoy atolondrado despues que salimos anoche de Madrid, pues de entonces acá no he cesado de correr un momento.

—¿Si? contestó el otro: pues entonces concluye de arreglar las luces y vete á dormir, pues creo que maldito el interés que debes tener en saber lo que pasa ó lo que va á suceder.

—¿Pero que seas tan misterioso conmigo, tú que estás en los secretos del conde, y que sabes que nadie se interesa mas que yo en la suerte de toda su familia!

Además no creo que estés quejoso de que yo haya divulgado nada de lo que me has dicho otras veces.

—Calla con mil diablos, y te diré lo que hay.

Entonces acercándose al curioso paje y echando una mirada indagatoria á su alrededor para asegurarse de que nadie los espía, le dijo con voz casi inteligible y misteriosa:

—Este salon se prepara para el casamiento de la señorita.

—¿Como!... ¿la señorita se casa?... dijo el paje saltando de alegría. ¿Y con quién?...

—¡Callarás, condenado! contestó Garcés apretándole fuertemente el brazo.

—¿Por Dios! que me haces daño. No me aprietes así y estaré mas silencioso que una estatua.

En este momento entraba por la puerta de la izquierda un escribano, y al verlo los dos interlocutores, figuraron que estaban arreglando todavía los muebles del salon.

El escribano colocó sobre la mesa un rollo de papeles, y se retiró en seguida al fondo de la galería: siguiéronle los criados, y apenas desaparecieron, entró el conde.

En su arrugado semblante se notaba cierta inquietud, hija sin duda de la ansiedad en que estaba de ver desenlazar la escena que se preparaba.

Paseábase lentamente, y de cuando en cuando se paraba para meditar, como buscando un pensamiento que le era de suma necesidad.

Por último, llamó á Garcés y le ordenó previniere á la señorita que la esperaba en aquel salon.

Blanca se presentó sencillamente vestida.

A pesar de la languidez de sus facciones y de sus mejillas descoloridas, se advertía en sus ojos negros, que brillaban mas sobre la blancura de su finísimo cutis, una resolución atrevida, parecida á la del reo que se sonríe al ver la cuchilla del verdugo.

Cierta contracción de ira y de desprecio, que se echaba de ver en el movimiento convulsivo de su labio superior, la hacia semejar á una diosa pagana indignada, mas que á un simple mortal.

El conde se sentó y mandó á Blanca que se sentase á su lado. Su impasiva y glacial calma contrastaba visiblemente con la agitación de su hija.

La hizo presente por los medios mas suaves á que pudo amoldar su duro carácter, el sagrado empeño que le ligaba al duque de San Roman, y al cual no podia faltar sin comprometer su palabra de caballero.

La pintó con los mas hermosos colores la brillante posición que iba á ocupar en la corte, cuando fuese esclavo de sus caprichos el primero de sus magnates.

La manifestó que el duque llegaria dentro de algunos momentos con los testigos, y concluyó rogándola que firmase el contrato sin resistencia y sin escitar su cólera, pues de lo contrario lanzaria sobre ella su eterna maldición y la encerraria en un convento.

Pero Blanca, para quien las súplicas y amenazas no tenían ya ninguna fuerza, espuso á su padre con humildad, pero con firmeza, lo repugnante y violento que le era tener que desobedecerle, pero que había resuelto morir antes que ser esposa del duque de San Roman.

Le suplicó que la encerrase en un convento antes que unirla á un hombre, que sin duda la haria desgraciada, máxime cuando ya no era dueña de su corazón, pues que pertenecía al caballero mas leal y valiente de la corte de Carlos V.

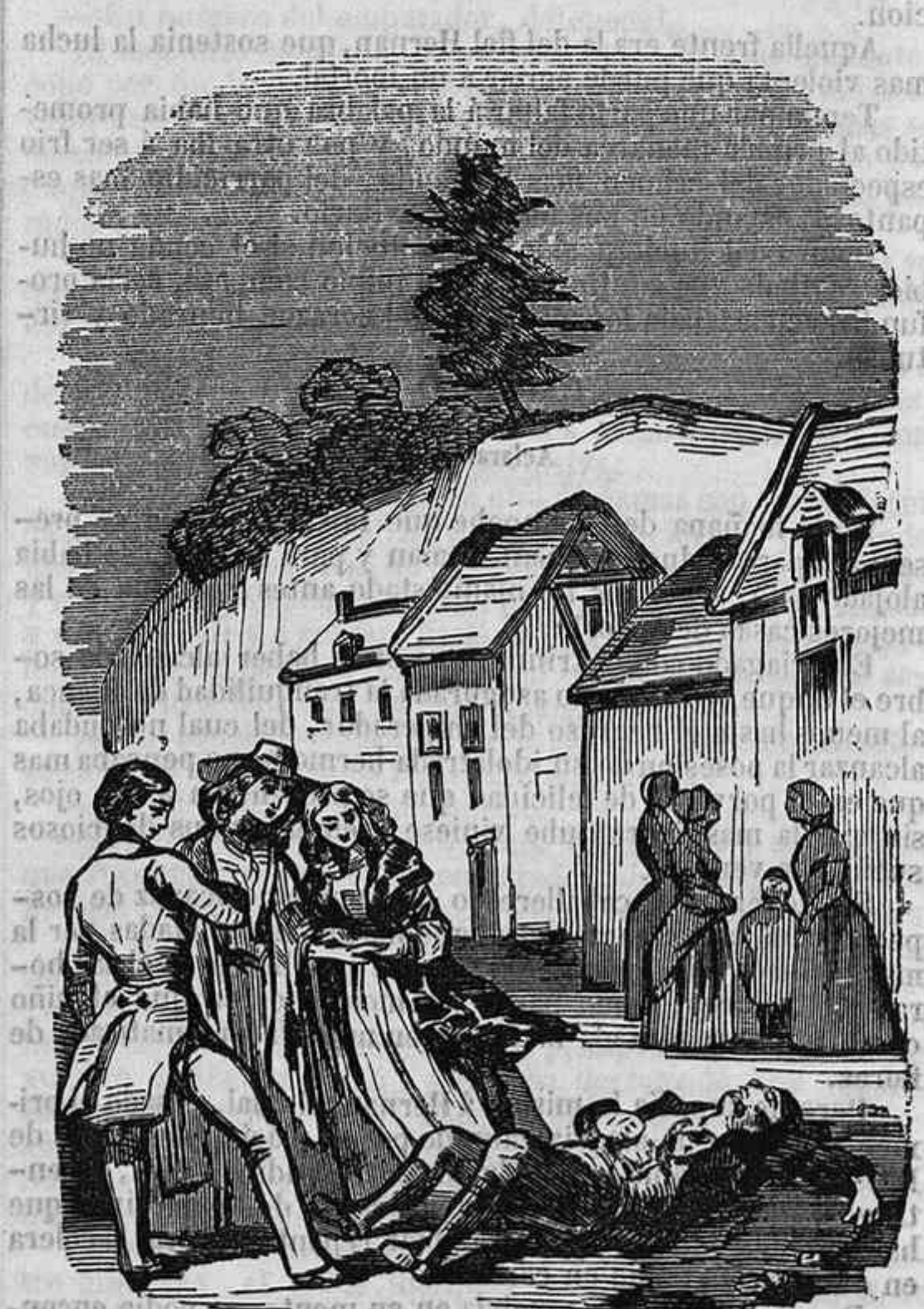
La cólera del conde no tuvo límites; arrastró á su hija furiosamente hácia la mesa donde estaba ya extendido el contrato, y poniéndola una pluma en la mano, la instó varias veces á que firmase; pero ella, con la mayor sangre fría, arrojó la pluma á larga distancia y juró de nuevo que no firmaria.

No sé adónde hubiera llegado el conde con su ceguedad y su ira, pues ya había acariciado dos ó tres veces la empuñadura de su daga, si no hubiese aparecido en aquel instante un paje en la puerta de la galería anunciando al duque de San Roman.

Apenas el duque se presentó en aquella estancia de violencia y de escándalo, la desgraciada niña se arrojó á sus pies en el mayor desorden y en un delirio imposible de definir. Le rogó bañada en lágrimas que no la obligase á entregarle su mano, cuando no podia darle con ella su corazón: que fuese

grande y generoso; que no seria caballero si abusaba villanamente de la debilidad de una muger, con otras mil frases, ya humildes, ya amargas é injuriosas, hijas todas de la exaltación de su cerebro y de la fiebre que la abrasaba.

Pero el desmoralizado duque, sin dignarse siquiera levantar del suelo á la hermosa, se adelantó hácia donde estaba el conde diciéndola al mismo tiempo que le era imposible atender á sus lágrimas: que á la altura á que habían llegado los acontecimientos ya no podia retroder: que remitía al tiempo el encargo de calmar la pasión que la consumía, y la cual estaba seguro que no era mas que un capricho pueril: que le importaba poco que no le entregase su corazón, pues él sabria hacerla buena esposa, cuando fuese duquesa de San Roman.



Los tres parias.



Los tres parias.





# LA MADRE Y EL NIÑO.

POESIA DE DON ANTONIO ARNAO.

En nubes de rosa y púrpura,  
niño feliz,  
Cantando tiernos los ángeles  
llegan á tí.  
Al son de su coro célico  
gozosos van,  
Sellando en tu frente un ósculo  
de amor y paz...  
¿No escucha su ledo cántico  
tu corazón?  
En él te llaman benéficos  
ángel de Dios.

Asi con amante júbilo,  
rosa de abril,  
En tanto que duermes plácido  
sueño por tí ..  
Ardiendo en amor purísimo  
para tu bien,  
En esta mansion de lágrimas  
tu ángel será...  
Descansa al arrullo lánguido  
de mi cancion,  
Que mientras duermes, solícito  
vela mi amor.

MUSICA DE DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

ANDANTINO.

PIANO.

ff. P. pp.

acelerando.

En nu - bes de ro - sa y

ff. tr. dismin. P.

púr-pu - ra ni - ño fe - liz, can - tan - do tier-nos los An - ge-les lle - gan á tí. En

P. P.

nu - bes de ro - sa y púr-pu - ra, ni - ño fe - liz, can - tan - do tier-nos los An-ge - les lle-gan á

ritard.

tí. Al son de su co - ro cé - li - co go - zo - sos van se -

ten.

llan - do en tu fren-te un ós - cu - lo de a - mor y paz , se - - llan-do en tu fren-te un ós - cu - lo

rall. - - - - - á tempo.

de a - mor y paz , se - - llan-do en tu fren-te un ós - cu - lo de a - mor y paz , no es - cu - cha su

P.

le - do cán-ti-co tu co - ra - zon , en él te lla-man be - né - fi - cos An - gel de Dios , en

agitato. - - - - - rall. - - - - - tierno

él te lla - man be - né - fi - cos An - gel de Dios , An - - - - - gel - - - - - de

ten.

Dios , An - - - - - gel de Dios . - - - - -





y como lo hacen los reclutas en la primera posicion: además buscad la perpendicular desde el occiput hasta la silla, pero flexiblemente y sin violencia: levantado ese pecho, la cabeza derecha y la mirada á diez pasos al frente, dirigiéndola entre las orejas del caballo; los brazos sueltos y sin que los codos queden oprimidos contra el cuerpo; las rodillas vueltas hacia adentro, la pierna libre, el talon bajo y la punta del pié mirando á la paletilla del animal. Creo que habreis comprendido mi explicacion, y por consiguiente retenedla bien en la memoria. Escuchad ahora, pues voy á dar la voz de mando. ¡Escuadron!

¡Al paso regular!... Marrrrrrchen. El discípulo, con la mejor voluntad del mundo obedeció la órden tan dócilmente como pudiera hacerlo un soldado. El caballo, que estaba muy acostumbrado al ejercicio, tomó desde luego el paso y dió principio á su paseo circular por el picadero. No carecia ciertamente nuestro abate de gallardía; y aunque su inespriencia era grande en un manejo tan nuevo para un pensador y para un hombre de estado, su noble continente suplía en él lo que le faltaba de escuela. El alegre Pistoie, colocado en el centro del picadero, dió el parabien con un saludo de mano á su camarada Tranchard, y despues añadió en voz alta:

—A fé mi: que monta como un cardenal.

—Eso se dice fácilmente, amigo mio; pero yo quisiera veros aqui: esta maldita silla es un potro.

—¡Demonio! murmuró Pistoie: el director salta que se las pela.

—¡Eh, Tranchard! gritó el abate al verse seriamente comprometido ¿sabeis que se resiste al freno y se calienta cada vez mas?

—¡Y qué! ¿teneis miedo de que llegue á desbocarse aqui? Vamos, detenedlo.

—Imposible, imposible, dijo el abate, al notar que su corcel partia al galope.

—Alto, alto! gritó Tranchard con todas sus fuerzas.

Pero el galope era cada vez mas rápido, mas irregular y desordenado, llegando á tal punto, que perdiendo el abate los estribos y el aplomo, se vió precisado á asirse á las crines del caballo, con el cuerpo enteramente doblado y las rodillas altas, semejante á un jockey en el acto de verse arrojado por un corcel brioso ó asustadizo.

—Esto se va haciendo serio, dijo Tranchard.

—Muy serio, amigos míos, añadió el abate: vamos, detenid á este maldecido animal, que sin duda tiene en el cuerpo una legion de demonios.

Los dos dragones consiguieron apoderarse de las bridas; mas no bien se sintió detenido el caballo, cuando dió al aire

fué su asombro cuando encontraron debajo de ella una haba de gengibre! Una mano oculta y atrevida habia aplicado sin conducido al picadero. Nadie ignora que los chalanes, cuando quieren inspirar un ardor ficticio á las naturalezas apáticas que quieren vender á buen precio, se sirven de tan atroz esmas dócil, al cual se aplique en el paraje indicado un estímulo tan fuerte como el gengibre, en diez minutos y por efecto del calor del ejercicio, es capaz de volverse loco; pero esta fiebre se calma, á medida que aquella sustancia va perdiendo su primera acritud.

—¿No has oido una carcajada en el momento crítico? preguntó Tranchard á Pistoie.

—Sí, camarada, contestó este: esa pared del palacio se ha reido, ó tiene alguna oculta boardilla.

—Tiene una, y ahora verás la prueba.

Cojiendo entonces una piedra la disparó el dragon instructor con tanto acierto contra el ángulo del edificio, que pasando sobre la cornisa del mismo, fué á dar en un ventanillo que apenas se divisaba en el tejado, y cuyos vidrios se hicieron mil pedazos.

—¿Qué es eso? exclamó asustado el director. ¿Con que tenemos algun testigo?



Una escena de reclutamiento en Alemania.

—Ciudadano director, gritó Tranchard animado con aquel primer triunfo, atencion á la voz. ¡Escuadron!... ¡Al trote!

El caballo partió con viveza, pues el discípulo habia herido probablemente su flanco con algun espolazo poco ortodoxo. Tranchard se impacientó hasta el punto de que sus ojos parecian dos ascuas; pero el buen Pistoie calmó su legitima indignacion con varias frases conciliadoras.

—Se me figura, dijo, que las espuelas son demasiado largas.

—Tienes razon, camarada, respondió su amigo, pues no puedo creer que un hombre tan delicado como el ciudadano director haya dado al caballo un espolazo inconveniente para hacerle tomar el trote.

Entre tanto proseguia el director su carrera circular, aunque con repetidos respingos, que hacian poco favor al instructor y muy desagradables para el ginete.

—¿Cómo diablos os la componeis, ciudadano director, le preguntó Tranchard, para moler pimienta de ese modo?

—Os aseguro, respondió el discípulo sin dejar de dar saltos en la silla, que no reconozco este caballo. Ayer me complacia en extremo trotar; pero hoy...

—Sin embargo es el mismo; sin duda no acertais á sujetarlo como es menester: sostenednos en la silla ¡ira de Dios! sostenednos...

tan violenta sacudida, que el director Sienes, fuera ya de la silla, saltó por las orejas y fué á medir la arena á seis pasos de distancia.

La escena fué tan deplorable como grotesca é imprevista; pero los dos militares, ocupados en sujetar al caballo, que parecia frenético, oyeron con no poca sorpresa una gran carcajada que habia estallado en un ángulo del picadero, aunque de un punto elevado.

El ciudadano director, molido de la caída, se levantaba triste y penosamente, mientras Tranchard cojia el foete para domar al caballo, pues eran inútiles con él los medios suaves. Por fin, las fuerzas de los dragones y la autoridad de los latigazos intimidaron al normando. Sentado el abate sobre un trozo de columna, se limpiaba la frente y desabrochaba su levita; Pistoie le limpiaba con un pañuelo la arena que se habia adherido á su ropa. En cuanto á Tranchard, seguro como estaba del buen gusto y de los principios de su discípulo, buscaba en otra parte la causa de la conducta extraordinaria del caballo. La carcajada de que hemos hecho mencion, le habia sorprendido é indignado; mas tambien contribuyó á aclarar sus dudas.

Hizo una seña á Pistoie, y ambos empezaron á registrar al fogoso animal, despues de haberle quitado la silla y el freno: como hombres experimentados levantáronle la cola y ¡cuál

—Si, ciudadano director, un Judas que ha tenido la curiosidad de admirar vuestras habilidades; un malvado que ha pretendido asesinaros con gengibre.

—Me es imposible comprenderos...

—Esto nos toca personalmente, y sabremos dar una buena leccion á quien la merezca. Por lo demás, os habeis hecho acreedor á nuestros sinceros elogios; el caballo estaba accidentalmente viciado; pero habeis dado pruebas de la mayor sangre fria y de la mas rara intrepidez...

—Vamos, vamos; la verdad es que he tenido un miedo terrible y que no he acertado á sostenerme en la silla. Ahora bien; si habia para ello una causa accidental, quiere decir que se han salvado el honor y los principios. Ea! adios y hasta mañana: ahí teneis un luis de oro para beber.

Los dragones se llevaron al normando, y Sienes se retiró muy poco satisfecho de la leccion que acababa de recibir.

Pistoie iba diciendo á su camarada:

—¡Si el caballo pudiera hablar!

Peró el caballo no hablaba, por lo que nuestros dragones, sin abandonar sus conjeturas sobre el extraño suceso que habia motivado la caída de Sienes, se citaron para cenar en una hosteria poco distante del pequeño Luxemburgo.

(Se continuará.)